
¿Qué significa leer?

Félix Duque

Abstract: The paper aims to answer the question ‘what is called reading?’. Beginning with the reflexive use of the verb “to mean”, it discusses the possibility of reading as an operation of transforming reality. In its essential sense, reading constitutes an infinite operation of grouping signs that moves the place of something human being can never immediately access. This attentive observation of the interval between sign and signifier commits us to our own temporality. The person is presented as the place where the signified echoes that signs let us see through them are congregated. According to this point of view, it is only through reading that persons can be constituted.

Keywords: reading, meaning, definition, recognition, signs, humanity

La verdad es que el título no es muy original, y no promete grandes cosas. Lo único que podría prestarle –nunca mejor dicho, porque sería en efecto de prestado– un aire de solemnidad, ya que no de grandeza, sería el recuerdo de otro título, él sí bien famoso: el del curso tardío de Martín Heidegger, después de haber sido readmitido éste –supuestamente purgada su falta– al cuerpo docente de Friburgo de Brisgovia; un curso que él denominó *Was heisst denken?*, o dicho más o menos bien en español: *¿Qué significa pensar?* En dicho curso, y entre un montón de cosas más, jugaba Heidegger de maravilla con ese multívoco verbo alemán: *heissen*, con registros que, dejando aparte los correspondientes españoles de “significar” y “querer decir”, tenían un sentido mucho más activo; por ejemplo, cuando el anfitrión de un congreso saluda inicialmente a los ponentes con un: *Ich heisse Sie willkommen!*, algo así como: “¡Los marco y señalo a Vds. con la expresión de bienvenida que ahora les dirijo!”, pero también, y al mismo tiempo: “¡Me presento a Vds., me distingo y señalo a mí mismo, me *significo* como aquel que les da la bienvenida!”.

Por cierto, si paramos mientes en esta última acepción, bien puede ser que le encontremos parangón en nuestra lengua. Así, cuando la madre, esposa o pareja de hecho –que aquí no hay que andarse con sexismos– le dice a uno o a una: “¡Tú no te signifiqués!”, parece que quisiera decirle: “¡No te metas, no te expongas ni te hagas notar!”. Adviértase, por lo demás, que esto de “meterse” y de “exponerse”, siendo como está enunciado mediante términos sinónimos, no deja de tener una significación dialéctica. Pues, en efecto, entrar en una determinada situación (en este caso, desagradable o peligrosa, pero que parece re-

querir la presencia activa de uno o de una) implica al mismo tiempo salir de uno mismo (sea dicho aquí en neutro, para dejar en paz al sexo), esto es, de la rutina acostumbrada: no salir siquiera de la propia casa, sino de esa casucha mezquina y portátil que llamamos “mis casillas”. Así que: “¡No te signifiqués!” significa: “¡No intervengas, no sobresalgas, no sea que se den cuenta de que existes y te vaya mal la cosa!”, o sea: se trata de una petición –o de una orden– de que siga siendo uno eso que él ya era, es decir: un Don Nadie. La esencia, el *tò ti êinai* de quien no quiere, o no le dejan, significarse, significa que alguien queda decaído en sus derechos como *persona* y disuelto en la grisalla de *hoí póllloi*, de la multitud. Pues en efecto, “significarse” querría decir “señalarse”, “distinguirse”... de entre toda esa gente literalmente *insignificante*, a la que no le pasa nada porque en nada se mete ni a nada se expone.

Si bien se mira, además, es raro eso de que el verbo “significar” tenga aquí un valor reflexivo, ya que no pareciera haber en el mundo del lenguaje verbo más transitivo que éste. En la primera acepción del DRAE, nuestro vocablo significa: “Ser una cosa, por naturaleza, imitación o convenio, representación, indicio o signo de otra cosa distinta”. Si tomamos en serio la definición (y olvidamos eso de que a nuestro frustrado aspirante a significante se le llame encima “cosa”), parece que el exhorto tendría al cabo razón, puesto que “signo” es algo que está en lugar de otra cosa distinta, a la que él apunta. Según esto, lo que vendría a decirse al osado que pretende “significarse” es que él no es eso que con su acción querría empeñarse en aparentar, y por eso se le aconseja que deje de hacerse ilusiones, ya que, en el fondo, él no se conoce tan bien como quien “bien le quiere”, y que por eso no está dispuesto (o mayormente, dispuesta) a permitirle que se muestre *como si* fuera valiente o esforzado, cuando no hay tal. ¿Se imaginan Vds. lo que pensaban Ama y Sobrina de las correrías de nuestro señor Don Quijote? ¿Cómo no iban a estar de acuerdo, conociéndole como le conocían, en que él no debía significarse, porque eso sería mentir a los demás, y seguramente también a sí mismo?

Sólo que la cosa no deja de tener su aquél, ya que, si uno no *se* significa nunca en la vida, si no tiene por caso el coraje (bien es verdad que porque se lo han pedido) de exponerse delante de un público –y si es de amigos, peor para decir públicamente, o mejor, para recitar con mejor o peor maña lo que antes se le ocurrió, casi como “a oscuras y en celada”, o sea, si es incapaz de impartir una *lección*, ¿qué especie de profesor será? Claro que bien podría haberse negado y decidido, en lugar de ello, escuchar a

sus colegas, cosa más cómoda y regalada. O bien, en la actividad normal, podría dedicarse a hacer preguntas a sus alumnos, como se ve en los telefilmes americanos sobre los *colleges*. Pero si se limitase a hacer lo mismo siempre, es obvio que decaería en sus derechos y se convertiría... en un oyente. Y si persistiera en su actitud, seguramente acabaría en el paro... o dado de baja por desequilibrio psíquico, cosa harto usada en nuestros pagos, por cierto. Lo que no podría dejar de ser en ningún caso es, justamente, un signo... de algo que en el fondo no es “sí mismo”: antes, su actitud y modales significaban, daban a entender que él era un profesor, y no “él mismo”; luego, un oyente que jugaba a hacerse pasar por alumno, y no “él mismo”; después, quizá, un parado y hasta un orate, pero nunca desde luego “sí mismo”. Incluso si el hidalgo antes mentado pretendiera, en un ejercicio de insensato autismo cuyo justo castigo será una muerte casi inmediata, si pretendiera decir que él era en verdad Alonso Quijano, habría que reprenderle con mayor razón aún que cuando pretendía ser Don Quijote: se le diría que, en todo caso, se le llama “Alonso Quijano”... porque sus padres así lo quisieron en lo relativo al nombre de pila (o sea, un signo que apunta a un santo o a un rey protector), por un lado, y porque tal era el apellido del progenitor, por otro. De modo que, si bien se mira, ni el nombre que él se atribuyó en su locura caballerescas ni el consueto le eran en absoluto *propios* (¿cuál lo sería?), sino convencionales. El uno, producto desviado –y desvaído– de la excesiva lectura de novelas de caballería; el otro, producto aceptado de una partida escrita en un despacho parroquial, y que cualquiera podría leer para convencerse de que ese caballero, que al cabo tuvo la arrogancia de tildarse de “Bueno” (el caso, ya ven, era significarse hasta el final), efectivamente así se llamaba. ¿Diríamos, en cambio, con igual seguridad, que así *era él*, en efecto? En este punto, por cierto, siempre hay quien gane: a nuestro renombrado hidalgo (multi-nombrado, deberíamos decir, ya que también aceptó ser el Caballero de la Triste Figura, y ordenó que lo llamaran el Caballero de los Leones) le salió mucho más fino su fiel escudero, a fuerza quizá de contemplar paradojas y aun de verse forzado a fomentarlas. Así, Sancho le dirá a la Duquesa que él es efectivamente él, tal como le pusieron su nombre en la cuna... o en la *estampa* (¿la stampa del registro parroquial, o la novela de la que él mismo era co-protagonista: la novela que dice *su* verdad, y en la que él mismo podría leer –si supiera– cosas de sí, en vez de la espuria continuación de Avellaneda?).

¿A dónde voy con todo esto, y qué tiene que ver con eso de leer? Bueno, a lo primero que voy es al equívoco latente en ese bien pensante mandato de “no significarse”. Pues si lo llevamos al extremo, ello supondría la efectiva degradación de tan pasivamente ordenado individuo en “cosa”, y bien mostrenca. No es posible dejar de ser “signo... de lo que sea”, es decir: imposible es no representar cosa distinta a uno mismo, porque, de suyo o *an sich* –que dirían los idealistas– literalmente “no somos nadie”. No hace falta ser Hölderlin para darse cuenta de que somos un signo que nada significa, o mejor: que sólo significa el espacio libre, el umbral y encrucijada por el que pasan, repasan y traspasan los signos. Pero no en vano. Como en la cámara de niebla de Wilson (y no se apuren, que no haré muchas más analogías con la física, para no ganarme las iras de Sokal y su airada prole), al igual que en tan so-

corrida cámara, digo, los signos-electrones van dejando ver trayectorias, entrecruzamientos, cercanías y distinciones en la neblina primera. Sólo que, en el caso de que la cámara fuera un verdadero individuo humano, eso es precisamente lo que él querría, a saber, que se dibujen en su superficie muchas cosas; cosas que al pasar, como barcos de los de antes, toquen sus bocinas y saquen al aire sin tapujos sus banderas de señales y saludos, felices de ver que otros móviles siguen caminos parejos a los propios. Es claro que, al principio, esos signos tuvieron que pasar una primera vez por allí sin que ella lo supiera ni, por ende, lo quisiera, pero la verdad es que hace ya tanto tiempo de eso que la cámara-individuo ni se acuerda de cuándo fue (lo cual no deja de ser lógico: ¿cómo va a saber ni acordarse de cuándo fue la primera vez, a menos que se empeñe en lanzar sobre esa esquivo ausencia una proyección significativa –y por tanto no del todo fiable– a partir de las veces subsiguientes, obligadas a cambiar de trayectoria y a revolverse sobre un origen en el que ellas mismas se han originado?; un no pequeño lío, como Vds. ven, eso de reparar en el principio de algo; y menos en el principio de uno mismo). Pero luego, sin saber tampoco a derechas cuándo –eso es como aprender a andar, a montar en bicicleta, o a nadar, o sea, a servirse más o menos reflexivamente del propio cuerpo como de un instrumento, de un *organon*– luego, digo, va aprendiendo a elegir y a juntar, separar o modificar trayectorias, así que, a la chita callando y sacando energía de esos veloces puntos, se las arregla para ir creando rugosidades en su otrora insignificante superficie, haciéndose móvil orografía, resaltando esto y rebajando aquello, dejando ver semejanzas o paralelismos en unos casos, rivalidades e insidias por otro, hasta que al fin, henchida de signos, acaba por convertirse ella misma –o eso quisiera– en un “signo de signos”, que ya nada significa. Pero nada “de fuera”, nada distinto a ella, es decir, nada que pueda parecerse ni de lejos a su esfuerzo por aparentar y significarse. Y así, oronda, hasta puede que acabe por convertirse en *signo de sí misma*. Y entonces, en efecto, se habrá significado a sí misma, a base de hacer caso omiso de las prudentes voces de retención y contención.

Sólo que todo esto no quita para saber por qué me quiero “significar” yo justamente a base de preguntarme por el significado de “leer” (si es que preguntar por “lo que significa” algo no remite más bien a un *significante*, más que a un significado). Pues quizá se pregunte el lector (si haylo), y con razón, por qué no elegí otro título y otro tema más lucido, en plan erudito (por ejemplo: “Opciones de lectura retrospectiva en la teosofía latente del *Freiheitsschrift* de Schelling”: ¿qué tal?). La respuesta es sencilla: cuando se me propuso participar en un Congreso que se llama, nada menos: “Identidad y lectura”, caí en la cuenta de que, a pesar de llevar más de medio siglo leyendo –y, de resultas de las lecturas, escribiendo–, nunca me había parado a poner en entredicho por mi cuenta (habría sido demasiado pretencioso decir en cambio “pensar en serio”) lo que eso pudiera significar, ni tampoco en qué pudiera yo, por ventura, significarme por ello.

Pensar por mi cuenta, he dicho; tal sería el desafío, no echar mano en absoluto de los numerosos salvavidas y hasta chalupas de salvamento que son las citas, las reproducciones escritas de lecturas *ad hoc* y *pro domo* con las que uno –al socaire del necesario diálogo con los espec-

tros de la Estigia de la lectura— intenta por lo común mantenerse a flote. A solas con la pregunta sobre la lectura, pero sin leer nada sobre ello, es decir: poniéndome en entredicho a mí mismo y a mis lecturas. Una faena ésa de dudar en general de lo que se hace y se conoce que, como es sabido, nos sugirió realizáramos al menos una vez en la vida (a nosotros, los aficionados a filosofar y afectados por el filosofar) nuestro segundo padre espiritual, Descartes: un escritor taciturno que pronto se había cansado de leer, en relación inversa a nuestro primer padre, también él dubitante, Sócrates: un lector locuaz que nunca se preocupó de escribir (les ruego que tengan en cuenta inversión y primacía, por lo que vendrá después). Así que me dije para mi coleteo que ésta iba a ser la ocasión de ponerme por fin en claro sobre el sentido —si lo hubiere— de una operación más recurrente, frecuentada y evidente que la “carta robada” de Poe, y quizá por ese cegador *plus* más esquivia que anguila platónica.

Por cierto, ya se van Vds. percatando de lo desmañadamente soberbio de esa *intentio obliqua*, a saber: de querer decir el leer, pero sin red, o sea: sin trufar el escrito-charla de fragmentos de lecturas. Para empezar, ya la “cosa misma” se opone a la pretensión general con más pinchos que un erizo. En efecto, uno puede decir que lee, lo que lee o cómo lee, pero ¿es posible decir lo que *quiere decir* el leer, sin más, como un proceso sin sujeto? Pero es que la condición especial: dejar hablar al leer sin citas sobre el leer, se me ha vuelto al punto más paradójica aún, ya que, en el momento en que decidí escribir sobre el leer sin leer absolutamente nada, para quedarme a solas con mi alma, en soliloquio, caí en la cuenta nada más empezar de que tan tremenda decisión de aislamiento sólo me privaba de la lectura actual, digamos: de libro o de pantalla, de mis predecesores en la faena, de Platón a Cicerón, de Heidegger a Ángel Gabilondo, pero no de recordar la “lectura” de textos ya para siempre entretejidos en mis entretelas textuales, de modo que era —fue— absolutamente imposible partir de cero. Es más, yo no podía dar un paso adelante (y tenía que escribir una conferencia entera: ésta que ahora les presento a Vds.) sin leer y releer lo anteriormente escrito. Así que ahí estaban de nuevo todos, en tropel: las cosas leídas de los otros y mis cosas de ahora, releídas. Y no sólo eso: en seguida me di cuenta de que, de manera subliminal e involuntaria, en mis intenciones estaban envueltas —o andaban revueltas— múltiples citas implícitas, que luego, en la primera lectura (¿o fue relectura?, ¿cuándo empieza uno a leer lo que está escribiendo?), se iban presentando francamente ante mis perplejos ojos (en una procesión que presumo interminable), acusando de desvergüenza al osado que aun sin querer —lo que, para el caso, da igual— estaba presentando términos y ocurrencias ajenos como si fueran propios. Cosa de no poca monta ésta de la apropiación ingenua para el asunto que me trae, como veremos luego.

Es más, en vista de tan desagradable resultado: no poder pensar por mi cuenta sin contar con los otros ni contar lo de otros, acabé por preguntarme ante la pantalla-confesionario (¿se han dado cuenta de que la pantalla del ordenador tiene algo de espejo, por más filtros que pongamos sobre ella, y a la vez de antro casi sagrado?), acabé por empezar a darme cuenta —digo— con un sí es no de *Unheimlichkeit* o de *spaesamento* (¡recitado y traducción: otra vez recuerdos de lectura, o lectura a distancia!), vaya,

lo diré al fin: acabé por percatarme de que si, por imposible, hubiera podido purgarme de todas mis lecturas, directas o entrañadas, seguramente habría dejado de existir... no solamente esta conferencia (con lo que seguramente no se habría perdido mucho), sino yo mismo, el conferenciante (algo que me resulta tan grave como insoportable); y ello, no solamente en cuanto lector o profesor de los de antes —o sea, el que imparte “lecciones” en plan de *cocktails* variados, elaborados a partir de lecturas propias—, o como autor, esto es, aquel a quien se lee —menos de lo que uno quisiera— porque tiene algo que “transmitir”; algo, quiero decir: lecturas metamorfoseadas, aliñadas y rumiadas de mil maneras. Digo que no sólo no existiría como tal o cual tipo que tiene algo que ver con lecturas (un “hombre de letras”, y hasta un “hombre muy leído”, como se decía antes), sino que barrunto que yo no existiría en absoluto, hasta tal punto estoy *ab initio* hecho yo —y por lo que mi experiencia valga, todos los hombres que yo conozco, incluidos desde luego y sobre todo los no lectores y los analfabetos— de “sopa de letras”.

Y bueno, que dicen los argentinos: si esto es así, ¿por qué seguí empeñándome entonces —cuando escribía la conferencia— en no leer nada para su preparación? ¿Por qué expender productos mal conservados, contaminados a buen seguro y con la fecha de caducidad en la frente, en vez de servirles a Vds. honradamente una ensalada fresca de citas bien aderezadas? Respuesta desesperantemente circular, como de fantasma o *revenant*: porque yo, aprovechando la ocasión pública, quería aprender privadamente y sólo *por mi cuenta*, sin mirar al exterior, qué era eso que vengo haciendo desde tantos años. Y ahora —entonces— me parece o pareció que la cosa era mucho más difícil de lo presentido. Incluso desde un respecto un tanto externo y pragmático, y desatento para con Vds. Pues en efecto, pensaba que, si me ponía a leer, aparte de que iba a emplear muchísimo tiempo, que todo hay que decirlo, iba a quedar —al menos, al pronto y como por un prontotán “enganchado” de las palabras de mis preclaros mayores, que de esto iba a salir, como tantas otras veces, en el mejor de los casos un *collage*; y en el peor, un artículo trufado de citas sobre lo que Fulano o Mengano pensaron del asunto (pensaron, en el Nombre y en la Cosa, siempre con mayúsculas, que para eso eran pensadores *full time*, y no como uno, que piensa de manera “contingente y libre, a ratos”, y ahí va otra cita de memoria). Y yo quería, pobre de mí, decirles a Vds. de una buena vez qué es lo que yo, yo, Félix Duque, éste que ahora les habla —mentira: éste que les va a hablar pasado mañana, con suerte—, pensaba sobre el asunto del Congreso, que ya estoy harto de pasar por profesor y por escritor de manuales y compendios.

Pero en fin, con todas estas cautelas a cuestas, y por ende un poco más escaldado, me pregunté si: “¿Qué significa leer?” no entrañaba al fin, dados mis deseos de ponerme en claro a mí mismo: “¿Qué significa, para mí, leer?” O mejor aún: puesto que ponía voluntariamente a un lado la actualización y reproducción de lecturas y relecturas, la pregunta se me fue transformando en ésta, jugando además con la sinonimia del verbo: “¿Qué es lo que quiere decir, para mí, leer?” Una pregunta, si se fijan, que convierte lo antes preguntado, como si de una cosa pasiva se tratase, en algo activamente desiderante, en algo que quiere decir algo, a saber: “¿Qué me quiere decir eso de

leer?”. Pero, ¿es que leer quiere decir algo, como si fuera un sujeto a punto de echarse a hablar? ¿Y va a querer encima decírmelo a mí, en vista de mi necesidad ulterior de decírselo, de significárselo a Vds.? A ver si ahora el autor de *Contra el humanismo* va a caer en la antropomorfización y prosopopeya de faenas hechas por los hombres.

Así que uno recapacita, y se dice: no, el leer no puede querer decir nada, porque la voluntad es una propiedad de los hombres, y no de las operaciones con las que se transforma la realidad. Pero quien les habla ahora volvió luego a leer lo anterior, tan de sentido común, y ahí empezó ya a dudar: ¿quién transforma la realidad: los hombres, o la operación misma de leer, y de hablar, de trabajar, de establecer relaciones de parentesco, etc.?; y en esa operación, ¿acaso no se transforman los hombres mismos que la hacen, hasta el punto de que –siguiendo la sospecha anterior– si no la llevaran a cabo, del modo que fuere, no sólo no se transformarían, sino que no serían lo que en efecto son: hombres? Esas operaciones: ¿las hacen ellos, o les hacen a ellos? ¿O más bien les hacen cuando y mientras las hacen? Como ven, las vueltas de la cosa empezaban a suscitar en mí un conato de vértigo.

Así que, para evitarlo, creí que lo mejor sería dejarme de tantos prenotandos y entrar al tema por derecho, preguntándome: “¿Qué significa leer?”

Muy bien. Ya me lo he preguntado. Y ahora, ¿qué voy a decir, si no estoy leyendo nada de lo que aprender, para que, cambiándolo a mi modo, se den cuenta Vds. de que yo, Félix Duque, tengo algo que decir por mi cuenta, sin echar mano o más bien ojo a tan ilustre caterva de teóricos de la lectura: de Platón a Gabilondo? ¿Qué voy a hacer, a solas con mi memoria, y a lo sumo –mínima trampa– con un par de diccionarios (al fin, una memoria colectiva y voluminosa)? ¿No va a ser peor todavía eso de quedarme engañosamente a solas, recitando –regurgitando– a trancas y barrancas retazos de cosas que salen, unas, espontáneamente, y de las que otras me acuerdo vagamente, en vez de contarles, de exprimirles, de sacarles el jugo o de hacer pildoritas (que “el efecto es siempre igual”) de las cosas que otros mejores que yo dijeron de eso del leer? Y por acabar –por ahora– con tantas vueltas, una pregunta en nada retórica: ¿No será que estoy haciendo conmigo –o mejor, que se está formando en mí, con las dichas vueltas– algo así como un *círculo del comprender*, o sea, y en este caso: del comprender eso de leer (a menos que, en definitiva, todo comprender no sea sino un genuino y profundo “leer”: un leer el leer)? ¿Acaso la pregunta misma no me está llevando *velim nolim* a enfrentarme con aquello que yo quería evitar de todas las maneras, a saber, leer en alguna parte algo sobre lo que significa leer? ¿Qué me pasa, que cuando quiero escribir, y nada más que eso: escribir, es cuando más echo en falta el leer para poder decir algo medianamente, mediatamente decente, de modo que, más o menos subrepticamente, empiezo a leer en mi memoria, y hasta a leerme, porque seguro que yo mismo alguna vez dije –pero dónde, dónde– algo interesante sobre esto de leer? ¿Es fortuito este vaivén, o pertenece a la entraña misma de lo que está ahora pugnando por salir de mi inteligencia, o bueno, no se encrespen, de mi memoria ayudada por un poco de imaginación y otro poco de prisa?

Y bien ¿acaso he sacado algo en claro de esta pasada y pesada indagación? Al menos esto: la pregunta por el leer

deja al descubierto una triple característica de esa operación, a saber: que es viciosamente circular, infinita (en el sentido idealista del “infinito malo”, o sea: de algo indefinidamente reprimido, lanzado hacia atrás en el momento mismo en que se intenta asentarlo, dar razón de él) y reproductiva. Veamos estos tres puntos, cada uno de los cuales se irá engrosando y como enroscando según vaya dando cuenta del anterior, como queriendo decir lo mismo:

1) Leer es algo viciosamente circular: en efecto, presupone siempre unas lecturas y propulsa otras, mientras que, al mismo tiempo, presupone su propia lectura, siempre desplazada; luego implica, no sólo una clara *petitio principii*, sino una *petitio finis* y, en suma, una *petitio sui ipsius*, de manera que corre peligro de desaparecer, de perder toda entidad e identidad, a fuerza de tantas vueltas y revueltas.

2) Leer es una operación de carácter infinito, o más exactamente: *indefinido* y perpetuamente fluctuante, con lo cual la cosa se hace más compleja que anteriormente, pues ahora se requiere que origen y fin sean a su vez móviles sin dejar de *parecer* sin embargo inmóviles, como si la ficción o la apariencia formaran parte constitutiva de toda lectura. En esta nueva vuelta de tuerca del leer, el origen y la meta forman parte de la lectura misma; los dos están *de camino*; es más: ellos, con el lector, van haciendo el camino pero, en él, se ven siempre desplazados por el lector: por represión en un caso, por postergación en otro. Nunca se puede empezar a leer nada sin haber leído antes algo que propicia, y más: posibilita esa lectura, mientras que a la vez impide que ésta tenga lugar con ojos inocentes, primerizos. Pero nunca podríamos empezar a leer algo sin *reprimir* lo anterior, sin hacer como si ella, la lectura de ahora, fuera independiente, aislada, con sentido de por sí. Y al contrario, nunca se puede terminar de leer algo sin verse incitado, ob-ligado por la lectura misma que se acaba de hacer (que es ya *eo ipso* anterior, estando a lo sumo *de cuerpo presente*, no de espíritu); siempre se ve uno impulsado a leer otras cosas que complementen lo leído, o a releer esto, en virtud de ulteriores lecturas reproductivas. De modo que si leer es –digamos por ahora, con el sentido común– entender, entonces no existe ninguna lectura posible en la que de veras se entienda algo, por más que se repita, o más bien porque se repite (si entenderíamos de una buena vez la llamada “palabra de Dios” en el Evangelio de la Misa, o la lectura de una Epístola paulina, ¿a cuento de qué vendría su repetición ritual?). Y aunque se propusiera uno, firmemente, no volver a leer nada (como hace tanta gente en general, y como yo quise hacer en este caso en particular), ¿acaso no vuelven una y otra vez, espectrales, las antiguas lecturas a la superficie, siempre que se quiera decir o escribir algo *significativo*, algo que le preste realce a uno? Atiéndase a este: “siempre que”; esa *recurrencia* es decisiva, por lo que hace al carácter infinito de la lectura. Pues si uno no quisiera saber nada, ni significarse en nada, las lecturas –digamos, de la primera infancia– quedarían sumidas en el pozo de aguas sombrías de lo inconsciente, expuestas tan sólo aquí y allá, como breves relámpagos, en los casos en que se dispara la *memoria involuntaria*, incapaces como seríamos por demás de distinguir entonces lo leído de lo vivido. He aquí pues la paradoja: la lectura es infinita sólo en las recurrencias, indefinida sólo en cada ocasión. Su

infinitud es literalmente *intermitente*. Se envía en los intersticios.

Y por fin: 3) leer es un proceder retroductivo, a saber, pone de relieve un pasado siempre *rebasado*: un pasado *traspasado*, diríamos, y un futuro solamente *incoado*: un pasado que nunca ha estado presente y un porvenir que está al pasar; el hecho de estar leyendo por caso lo que estoy escribiendo ahora tiene como antecedente inmediato mi escritura; mediato, mis lecturas anteriores, sin las cuales habría sido imposible esta escritura, y su posterior lectura delante de Vds., los futuros, ignotos, presumibles oyentes de esto tan retorcido, como de bucle. Todo leer es pues, esencialmente, un releer: jamás ha habido ni habrá una primera lectura ni, por ende, un primer lector. Si atendemos al plano convencional de la lectura alfabética (que no es el único, desde luego), habremos de reconocer que a los niños se les enseña a leer por *mimesis* y repetición, hasta que, pavlovianamente, llegan a captar el signo con independencia de la cosa, presente o dibujada. ¡Pero esto, como se dice con razón, es un *reflejo condicionado*, no un acto de lectura! Para que haya tal es preciso, por así decir, lo contrario: en vez de atender ora al signo, ora a la cosa significada (y ausente), lo que se hace al leer es *moverse en el intervalo*, estar de camino entre uno y otro. No se leen los signos: se leen los enlaces y separaciones entre ellos –se lee entre líneas: se *intelige*–; y, en esa estructura de significatividad, queda guardado el recuerdo de lo desplazado, el cual ya nunca podrá ser por sí solo, sin ese respecto (¿acaso lo fue alguna vez?, ¿no es éste el sueño de toda supuesta intuición?).

Resumiendo ahora esas tres características: circularidad viciosa, indefinición y retroductividad, cabe sostener lo siguiente: leer no es recordar lo ausente a través de una presencia significativa, sino la acción de traducir, de trasladar lo presente hacia lo ausente, y de recuperar, en un impensable rebote que es un golpe dado por primera vez (un *Anstoss* como *Gegenstoss*, si me permiten la jerga), el *sentido* que va y viene entre la ausencia retenida en la presencia del signo y la presencia pendiente de lo signado, siempre por venir, en cuanto pro-metido en la remisión.

Decían los jóvenes airados de Mayo de 1968: “Cuando el dedo señala la playa, el idiota mira al dedo”. Una sentencia que sería a su vez leída de manera idiota si se entendiera como que hay que mirar a la playa, en vez de al dedo. Pues si ya tuviéramos la playa a la vista, ¿qué pintaría aquí un superfluo dedo indicador? Y es que el mirar (que, como el escuchar, es un subproducto del leer, según espero poner en claro) consiste en seguir la dirección, en saber moverse en el intervalo, en lugar de permanecer embobado en el punto de partida o en la meta. Y si esto es así, queda paliada la paradoja sobre la falta de una primera lectura: es siempre *demasiado tarde* para que uno caiga en la cuenta de que *ya* está leyendo. Como en la fábula de Grimm, el erizo doble logra ganarle la carrera a la liebre porque ésta atiende sólo a su propia trayectoria, olvidando mirar adelante o atrás para ver dónde está el adversario, y compararse con él. La liebre –traduzcamos– no sabe leer, porque en su adversario confunde significante y significado. Si lo supiera, se habría percatado de que una carrera genuina sólo podría haber consistido en que, respecto a un único erizo móvil, ella avanzara *cada vez más* (que es lo presumible) o *se fuera quedando detrás* de

él (por algo imprevisible). Ambos contrincantes van cambiando –acrecentando o aminorando– sus posiciones siempre y sólo de manera relativa; por otra parte, si, como en el cuento inversamente proporcional, la liebre se para a descansar, entonces la lenta pero persistente tortuga ganaría una carrera que tampoco habría sido genuina, porque uno de los puntos había dejado de ser móvil. La carrera sólo existe pues en y como una relación siempre variable entre dos puntos igualmente móviles (lo cual conlleva la paradoja de que, si los adversarios corrieran exactamente a la misma velocidad y llegasen juntos a la meta, tampoco habría existido carrera *para ellos*; si acaso, la habría habido para los jueces y espectadores, inmóviles y para los que sí había distancia por recorrer). Traduzcamos el símil: la carrera es el acto de lectura (¡sobre todo en las carreras universitarias!), el erizo y la tortuga son lo leído, y la liebre es el lector, condenado a perder siempre que, o bien deja de atender –de llevar consigo, demorado o incipiente– al origen y final de la lectura, o bien descansa en sí misma y deja que lo leído le rebase, le resbale. Como se ve, en la lectura no hay *retroducción* sin *profecía*, y a la inversa: no hay *retroferencia* sin *producción*.

Leer es saber moverse en un bucle vibrante e indefinido –algo tendrá que ver esto con el tiempo, el cual, como la lectura, sólo cuando queremos definirlo se nos escapa–. Leer es en suma el acto de un ser finito que se sabe como tal y, sin embargo, se querría, si no infinito, sí al menos infinitamente indefinido *de vez en vez*, de manera intermitente, como cuando –a decir de Spinoza– *sentimus experimurque nos aeternos esse*. Ni la piedra ni el dios leen, ni sabrían hacerlo, aunque quisieran (por cierto, ¿se han fijado que sólo de niño, cuando fue hallado en el Templo, demostró Jesús haber leído las Escrituras?; después del percance, se limita a hablar de ellas, sin que le veamos nunca leer o escribir –para una vez que lo hizo, en la arena, se apresuró a borrarlo con un palo–; lo más que hará será “leer” una moneda del César; como en el caso paralelo de Sócrates, somos nosotros los que leemos sus enseñanzas, transmitidas por parte interpuesta). Tengo en cambio para mí que, en el sentido lato, esencial, de “leer”, al que luego aludiré, los animales –y desde luego mi perro– saben leer señales... por la cuenta que les trae, lo cual indica, dicho sea de paso, la existencia de una conexión entre un cierto sentimiento de identidad –por oscuro que sea en el animal– y la operación de leer, o sea: de *reconocimiento* de algo por signos.

De todas formas, es patente que hasta ahora me he asomado *pedem aliquantulum* al leer sólo como *acto* de lectura, como algo que *compromete* al lector y le avisa –al igual que lo hacen otras señales parejas: hablar, trabajar, amar– de su íntima temporalidad y le desvela su mortalidad. Pero en cuanto, prosiguiendo el *sitio* de tan esquiva ciudadela, releo lo escrito para asegurarme de que hay en ello una pasable coherencia, me apercibo de que las condiciones de posibilidad de esa lectura son tres: 1) el soporte de los signos ha de ser más o menos fijo, fiable, conservando en lo posible la identidad *de cuerpo presente* de lo susceptible de ser leído; 2) los signos mismos debieran ser tipos duros, rígidos, de modo que aun cambiando de soporte siguieran siendo, bien los mismos, bien semejantes, a través de reguladas vías de traslación (piénsese en una filmación de *La noche de Molly Bloom*, a su vez

una versión teatral del último capítulo de *Ulises*, de Joyce); y 3) por ambas razones, el soporte permite que cualquier otro lector (o yo mismo, en un período posterior) acceda a lo en él escrito. *Fiabilidad del soporte, fijeza de los signos y comunicabilidad (validez general)* son, pues, tres prenotandos de toda lectura, que distinguen a ésta de fenómenos a ella similares, como la audición o los recuerdos.

Por cierto que esta lectura me lleva a corregir el tono anterior, un tanto patético, que acompañaba como bajo continuo a la imposibilidad de escribir algo —sea original o resabido— sin echar mano de lecturas. De hecho, ahora me doy cuenta de que esa “lectura a distancia” que eran mis recuerdos, plasmados en lo escrito —extraídos voluntariamente del pozo, o espontáneos como peces voladores— no eran de suyo sino huellas, transferidas y como asimiladas. Si, al contrario, hubiera sido fiel a mi oficio de investigador erudito, tendría que haber protegido, blindado esos retazos de memoria al cotejarlos de nuevo con los originales (ya se sabe que la memoria juega malas pasadas) y reproducirlos entrecomillados, señalando incluso —en el borde ya de la acribia— el distinto contexto, para hacer ver que en absoluto quería “abusar” de las citas, sino sólo señalar honradamente las deudas. Sin embargo, como se lanzaron por así decir al abordaje sobre la pantalla, mis recuerdos de lecturas, al estamparse sobre un soporte fijo, se transformaron de nuevo en signos y, así, se han hecho comunicables en general —como todos Vds. están percibiendo ahora, al escuchar esta mi lectura—, pero a costa de perder su procedencia. No hace falta reflexionar mucho, en efecto, para darse cuenta de que, no sólo esas palabras o recurrencias señaladas ya fueron usadas por otros, sino que me son radicalmente ajenas todas las palabras usadas ahora o en otros contextos por mí (salvo quizá la de “ontotecnología”: un guiño empero a Kant y Heidegger), así como las reglas gramaticales que rigen su entramado y, en buena medida, el significado de la estructura. Para hacerlas más, en lo posible, me restan pues, tan sólo, un débil resquicio semántico y desde luego un amplio campo praxeológico, performativo.

Así que lo que por un lado me conforta, me desazona por otro. Al fin, parece que sí puedo decir algo *por mi cuenta* de lo que significa leer sin echar mano de más lectura que la del propio texto que vengo escribiendo, y en el que se inscriben, mundos en lo posible de la marca e intención de sus progenitores, múltiples signos *revividos* al calor de mis propósitos. Es verdad que no puedo pensar, que no puedo pensarme sin ellos ni leerme sin ellos; pero más aún lo es que yo los he “apadrinado”, que los he hecho míos sin perjuicio de que otro los adopte en otros respectos, que tal es la ventaja de los signos: pueden ser compartidos y multiplicados *ad libitum* sin perder del todo su originariedad; sólo resultan más o menos *sobreterminados* por la nueva escritura en que vienen inscritos. Pero en cambio se han frustrado en buena medida mis ansias de originalidad, de saber cosas por cuenta propia, a fin —entre otras cosas— de ser reconocido por los demás (sin ir más lejos, por Vds. mismos, mis oyentes de ahora) como alguien que no sólo sabe (“Ése sí que sabe”, se decía antes con envidia), sino que se sabe a sí mismo, cumpliendo la délfica sentencia del *gnôthi seautôn*. De modo que yo también soy en suma algo así como un *soporte*, en donde lo oído, lo visto y lo leído se amalgaman inextrica-

blemente con lo poco pensado (y eso poco, siempre suscitado y hasta forzado) para constituir un *subjectum*, alguien que se lee necesariamente cuando lee, y sobre todo cuando lee lo escrito por cuenta propia. Poca cosa es tener la identidad de un soporte, de un *complemento indirecto*, descubierto siempre de soslayo. Pero menos identidad aún tiene el que, habiendo leído una vez en su vida —en la infancia—, no ha vuelto a hacerlo, sino que se limita a repetir lo visto y oído.

Sólo que este juicio de valor exige una razón: pues nada parece más fresco y natural que lo directamente recibido. Y sin embargo, lo primero para nosotros no tiene por qué ser primero respecto a la cosa. Aquí bien podemos remedar una vieja sentencia, y decir: *nihil est in lectu quod prius non fuerit in sensu, excipe lectio ipsa*. Tengo en efecto dudas más que razonables de que el leer y escribir sean meras repeticiones de lo sentido, por más que no puedan ejercerse sino a través de los sentidos: como todo lo demás, por cierto. Es la lectura, y más: la “lección” (en el sentido de reunificación y luego exposición personalizada de lo leído) la que se deposita *retroactivamente* en lo leído, como *prius* de éste, el cual se muestra como un cuerpo vicario, casi como un *caput mortuum* que no remite a su vez directamente a algo sentido, sino a la *negación trascendental* de lo sensorialmente recibido. A las cosas en cuyo lugar se hallan los signos les acontece algo parecido a lo que se daba en los recuerdos de mis lecturas: que en el momento en que se escribe sobre esas cosas palidecen lánguidamente hasta casi desaparecer, como si no hubieran sido nunca sino un mero pre-texto para el lucimiento del signo. La escritura, ya se sabe, es, si no la muerte de las palabras, sí un proceso que les hace llevar una vida mortecina, como neblinosa. Y sin embargo, la lectura —por no hablar de las permutaciones, desplazamientos y reinscripciones de los fragmentos en los bailes de citas, y ahora en el hipertexto— confiere *otra* vida (no simplemente una nueva vida) a las palabras; una vida de espectros, ciertamente: pero los fantasmas lo son por presentar su apariencia carnal en un medio y contexto tan diversos que quedan revestidos de otra significación.

Me gustaría insistir en que no se trata en absoluto de una *revivificación* de la letra muerta, como si el lector volviera a vincular los significantes con unos significados desplazados y echados de menos, depositados platónicamente en un reino esencial; esos significados están ya *de más*, para siempre. Y no es posible aquí *revocare gradum*; no hay “paso atrás” ni “buen salvaje” que valga, aunque algunos analfabetos obsesivamente recalitrantes se empeñen en recuperar, olvidando toda lectura, el supuesto mundo virginal de partida: el paraíso perdido. La “rosa” de Juan Ramón Jiménez —de cuyo usurpador poético se nos pide no lo toquemos más porque el poema es así— no es repetible ni como tal ni, menos aún, como rosa, al igual que ningún concienzudo botánico logrará convencernos jamás de que Angelus Silesius se equivoca al decir que la rosa es “sin porqué”. Podremos, y quizá hasta debamos, incrustarlos en nuestros propios decires o citarlos respetuosamente, y hasta ponerlos de lema en alguna investigación sesuda. Pero ello no supondrá sino un nuevo desplazamiento, que puede alcanzar —manes de Hume— una vivacidad admirablemente superior en su enésima tierra de adopción (¿quién podría reconstruir las lecturas vertiginosamente implícitas en los últimos versos de la modifica-

ción tardía de *Brod und Wein*, de Hölderlin?, ¿y quién podría señalar su origen último, si es verdad que el espíritu ama la colonia y el valeroso olvido, porque la patria lo consumiría con su fuego?). En el mundo superior de la lectura, un Drácula lector haría el ridículo si pretendiera utilizar un soporte primero —digamos, una *editio princeps*— como “tierra natal” para su descanso.

¿Quiere esto decir que, en definitiva, los signos que impulsan y permiten el leer y escribir no proceden al cabo de las cosas del mundo externo, sino que más bien las anteceden? Sí, eso es lo que quiere decir, y eso es lo que yo quiero decir. Lo cual no implica desde luego que esas cosas intramundanas no existan. Pero sabemos que existen sólo *después*: después de escuchar y de ver, o sea de leer y escribir. En todas esas operaciones, la existencia *transparece* como un resto inasimilable, como lo experimentable sólo en cuanto inaudible en lo escuchado, invisible en lo visto, ilegible en lo leído, inscrito en lo escrito. Sabemos *de* esa existencia (nunca la veremos “cara a cara”) precisamente porque los signos portan algo así como una saeta en su flanco, productora de una herida por la que se desangra su vida.

Todo signo es melancólico: no está en lugar de algo, sino que hace las veces de ello. *Hace las veces, di volta in volta*: es decir que en ellos resuenan cada vez, como un tañido fúnebre de campana, los ecos de las cosas, perdidas para siempre. Los signos son siempre personales, porque hacen la vez de la *persona*, de aquello que *per sonat* a su través, de modo que acaban constituyendo al Signo de todos los signos, a la Persona: ella misma “carente de significado”, *deutungslos*, por ser el lugar vacío en que todos esos ecos significados —o sea, que resuenan a través de los signos— se congregan. Por cierto, el adjetivo alemán *leer*, “vacío”, procede justamente de *lesen*: recoger, aunar, y por ende “leer”. A través de *leer* resuena el viejo significado de “lugar de congregación”, como la iglesia antes o el campo de fútbol, ahora. Leer *evacúa* las cosas, dejando tan sólo los jirones de su aroma, inflamados de melancolía. Pero sólo por ello *mancomunan* a las personas: de ahí la *comunicabilidad*.

No andaba lejos Kant al decir que la condición primera de sociabilidad sería un signo vacío, puramente formal y que nada significase: un mero *acuerdo de acordes*. Tal es la condición previa a toda lectura: que los signos, fiablemente transportados, exportados y deportados, jamás permitan un supuesto regreso a la tierra originaria, sino sólo una conversación culta entre personas que se leen unas a otras. Y en verdad que ese “regreso” era mal supuesto, porque eso de querer rebasar el lomo de los signos, de querer —por caso— vivir sin leer, supondría de hecho un desvío, un desvarío que ni siquiera los animales han sido tan estúpidos como para tomar jamás, que también ellos se mueven mayormente en la selva de los signos. El paraíso perdido, perdido está. Para siempre y desde siempre. Por fortuna, aunque ello nos haya costado la vida... perdurable.

Todas estas consideraciones podrían parecer más o menos plausibles, si no fuera porque un hecho irrefutable parece convertirlas en excogitaciones del sueño de una noche de verano. Grandes segmentos de la población mundial siguen siendo analfabetos, hoy. Dentro de las autodenominadas “sociedades avanzadas”, la mayoría de los ciudadanos son analfabetos “funcionales”, o sea que se

empeñan concienzudamente en ejercer de analfabetos. Sólo se lee lo imprescindible, de modo que, cuando se intenta volver a leer tras décadas de inactividad, se le “amontonan” a uno las letras. Hasta los idiomas se enseñan ahora dizque “naturalmente”, como cuando uno era niño, sin necesidad de leer ni de aprender gramática, como en el *verde mundo de la vida*, donde notoriamente no hay ninguna flor negra. ¿A qué viene entonces todo lo anterior? ¿No se trata acaso de un ejercicio estéril, nostálgico y —todo hay que decirlo— *reaccionario*, como si uno se empeñara en ir a contracorriente, rodeado de un puñado de valientes, o de pobres tipos embaucados, mientras alrededor se abandona el continente —tan árido— de la lectura?

Bueno, no creo que sea necesario emplear muchos argumentos para disipar esa confusión entre “leer” y leer “libros”, y sobre todo libros buenos, canónicos. Es verdad que, axiológicamente hablando, uno cree con Nietzsche que incluso cuando Europa haya desaparecido ella seguirá viviendo siempre —justo, como un *revenant*— en treinta libros, más o menos, que seguirán diciendo al hombre qué pensaba de sí mismo el europeo: tácita, insidiosa, amorosamente contaminando de occidentalidad al curioso lector por venir. Pero el ejemplo excelso de algo no agota su esencia, al igual que la bonita doncella de Tracia no deja exhausto al concepto de belleza, aunque sí a quien la ve pasar con el ánfora apoyada en la cadera.

Leer se ha entendido aquí en su sentido esencial de reagrupamiento de signos que usurpan y desplazan —para siempre, y desde siempre— el lugar de algo, al cual se puede acceder luego mediatamente, sólo por lo que se *echa en falta*, por lo que les falta a esos signos para que nos “prendamos” de ellos, en lugar de que andemos buscando, casi en vano, lo que hay más acá de su ordenada superficialidad. *Nosotros somos el vano*. Y así, “ahuecándonos” también los unos a los otros como portadores de signos, soportes semovientes, todos nosotros podemos acceder a un botín inmaterial, infinitamente modificable, compartiendo *posibles*, *revenants* de las cosas, en el medio evacuante, vacío del lenguaje.

Leer es señal —¡señal ella misma, siendo como es la operación de toda señalización!— de una pasividad fontal en el hombre, de una “marca” denominada finitud, y que sabe a muerte; si queremos, la marca de una posesión *ab origine*: el único “origen” que de veras nos resta (y nos deja así, de inmediato, en cuanto dejamos de ser hablantes y lectores, *para los restos*). Ese origen, antropógeno y siempre a nuestras espaldas, se ha dado —pretérito perfecto— en y como la escisión de toda *inmediatez*, de toda participación visceral, cálida y directa en la vida del Todo (de “eso que hay”, *il y a*, que suponemos Absoluto justamente porque en nosotros se *evoca* como esto, o lo otro, o lo de más allá: como ente, nunca como existencia desnuda, sin más; que en tal caso se entenebrería como *muer-te* o laguna inmemorial de todas las muertes). De ahí que, tomado —insisto— en un sentido esencial, todos nosotros estemos condenados *ab initio* a “leer”, o sea, a reconocer en la superficie la borrosa *signatura* que remite a un presunto mundo anterior al lenguaje, y, por tanto, a la muerte.

Es más, desde este supremo punto de vista, no tengo ya por paradójica la afirmación de que el leer ha sido de siempre cosa previa al escribir, al igual que el hablar —al

menos, para nosotros, hombres— ha venido siempre precedido por el escuchar. Schelling había dicho algo así como que Dios habla y los hombres existen, de modo que todos nosotros seríamos —por decirlo esta vez con Rahner (ya ven que al final esto se va llenando de invitados)— *Hörer des Wortes*, “Oyentes de la Palabra”. Pero habría que ser, pienso yo, más radical: lo primero no ha sido la palabra, sino —como reconoce la propia Escritura cristiana— justamente... el Principio, el *arché*. El Inicio acoge la Palabra, pero no la emite; más bien la absorbe, y se reabsorbe y envisca como inicio, de resultas de ese “golpe de voz”. El Inicio es más bien la escucha misma. La escucha, ¿de qué? “Escuchar”, oír atentamente, como si a uno le fuera la vida en ello (que le va, de veras), se dice en alemán *vernehmen*; casi literalmente: “per-cibir”, “percatare de algo”. ¿Qué es lo que se percibe? ¿Acaso los tonos de la Naturaleza? No: lo que se escucha y percibe es el desplazamiento, la diversidad de trayectorias que afectan a la propia vida, a la vez que la van trabajando por dentro (recuerden la cámara de electrones de Wilson). No se aprecian las cosas, se aprecia su *pulso*: la sangre universal, y siempre distinta, de la Vida. Y esa vida se va arremolinando significativamente, como aquello que de veras le importa a uno. En ese importar se da el transporte, la traslación de los signos que secretan, rezuman el aroma de cosas perdidas, cuando el hombre aún no lo era, cuando era sólo proyecto de significación, o en una palabra: cuando aún no se había significado del resto, degradando en esa acción a todo lo demás, a todo lo inmediato, a ser *mero resto*: la vida sospechada a través de la escucha y la lectura.

La palabra viva es el golpe de voz por el que el Inicio se reconoce, de *contragolpe*, de manera irreductiblemente retráctil. Y la lectura, como antes la escucha, recoge piadosa esa “retirada”, esa retracilidad hacia el silencio y la muerte. ¿Qué otro sentido podría tener el hecho de que, en todos los idiomas de origen paralelo (convencionalmente procedentes del indoeuropeo), la raíz *les** denote justamente elegir, seleccionar, y a la vez y por ende, reunir, congregar, de modo que de esa raíz hayan surgido “elección” y “colección”, “legión” y “ley”? Y también, naturalmente, “leer”. La lectura reúne lo discursivamente separado en las palabras, irremediabilmente judicativas, irremediabilmente escindidas: que sólo así significan. Reúne en y a través de quien con ella suena: la *persona*... para dispersarlas otra vez en la *lectio*, y así al infinito de la relectura. La conexión es tan íntima que el verbo latino *lego*, “leo”, suena en griego *légo*: “digo”. Leer es un decir de nuevo, interiorizado, ingurgitado, como si la operación de lectura se labrara ella misma su vivo soporte personal.

Pero aún nos depara el lenguaje otra sorpresa. Repitamos en griego nuestra pregunta: “¿Qué significa leer?”, o lo que es lo mismo: *ti semátnei anagnónai*. Como se lee —y Vds. escuchan—, el griego permite penetrar más profundamente en la esencia del leer. El verbo correspondiente es *anagnósko*: “reconocer”, “descifrar” algo oculto a través de sus apariencias (algo oculto *por* las apariencias y a la vez algo descifrable *gracias* a ellas); y también, señaladamente, significa leer.

¿Qué significa leer? ¿Qué es lo que allí nos lanza señales, como un semáforo? La preposición, el prefijo *aná* (contrario: *katà*) significa “subir”, pero también “ir a lo largo de”, “recorrer” (recuérdese la *Anábasis*, de Jenofon-

te). ¿Qué es lo que recorremos en la lectura, sino los rasgos de un conocimiento de siempre olvidado —olvidado, empezamos a sospechar, porque ello es silencio, olvido y resto de sí... de todo “sí mismo”—? ¿Qué es lo que hacemos ascender así, de entre las señales que evocan una ausencia, sino la vuelta, el humo condensado de una identidad, cuando es ya demasiado tarde para hacer y hasta para sufrir? Si esto es así, podemos entender entonces por qué la *anagnórisis* —en Aristóteles, la peripecia por la cual se pone al descubierto la identidad del héroe en la tragedia: pensemos en Edipo—, es siempre anterior a toda *gnôsis*, a todo conocimiento directo. Todavía un punto, esencial: a pesar de su tentador parecido, la *anagnórisis* no es nunca igual a la *anámnesis*, esa suerte de “sedante” o *Quietiv* para olvidar el *Entzug*, la retracción del ser. *Anámnesis* mienta “hacer memoria”, acordarse de algo que, como el cielo protector, está de siempre allí, *in illo tempore*, dispuesto a descender con tal de que sea evocado convenientemente. Pura *magia* nostálgica. En cambio, lo que el verbo *anagnósko* denota es: “conocer a fondo algo”, o por decirlo con toda fuerza: *vislumbrar de soslayo el Fondo del Algo, del alius-quid* que conforma nuestra realidad cotidiana, supuestamente evidente, a la mano. *Anagnônai* es distinguir, examinar con cuidado, sabiendo elegir y sopesar. Es decir: “leer”, mantener precaria, brillantemente unidos los *apuntes del resto*, las remisiones de lo que eternamente remite, a través de la mortandad de los signos.

Ahora, vuelvo a leer estas palabras sólo en parte mías, arrancadas al Macizo de aquello que ellas mientan, y me siento a la vez dichoso y deprimido: ya voy sabiendo lo que significa leer, lo que “me llama” a leer *por cuenta propia*. Significa que “ten a tu cuidado el Todo” quiere decir, al mismo tiempo e indefectiblemente: “ten cuidado del Todo”. Porque tu persona, tu ser de lectura, es el vano por el que se entrecruzan los dos cuidados: el uno, sólo entregado en escorzos, en fragmentos o señales de un naufragio del que sólo cabe *Bergung*: “salvamento”, y no *Rettung*: “salvación”. El uno, pues, ser del pasado. El otro cuidado, en cambio, es la querencia angustiada de lo que *crece, amenazador, ante mis ojos*, como esperando el momento de cogerme “por sorpresa”, de hacer *presa* en mí. Es el ser de lo pendiente, de lo que permanece porque falta, y por su falta: *aus-geblieben*.

Y sin embargo, ¿cómo no leer, cómo no *reconocer lo Incognoscible que asciende del Fondo*, si de veras quiero seguir siendo *Persona*: “máscara resonante”?